

IX

»Era aquel el primer aviso de la tempestad: al igual que enemiga generosa que quiere conceder á su adversario tiempo suficiente para tomar fuerzas contra ella, pareció consentir en darnos algunos minutos de respiro.

»Todo había quedado nuevamente envuelto en tinieblas, en el silencio, casi diré en la inmovilidad.

»Fernando y yo nos aprovechamos del armisticio para sentarnos en el colchón tendido frontero del en que María estaba tendida.

»Una lámpara, suspendida del techo, nos enviaba una luz tenue y vacilante.

»María nos miraba alternativamente al uno y al otro, y parecía como si en su mente se preguntase á cuál de los dos se dirigiría,

para recibir socorro, en el instante del peligro.

»Fernando era de baja estatura, y estaba delgado y pálido; su organización endeble y nerviosa ofrecía pocas seguridades en caso de catástrofe; yo, por el contrario, robusto y musculoso y libre de todo malestar, aun en medio de desencadenado temporal ofrecía el aspecto de tranquilidad y poderío que, con razón ó sin ella, atrae la confianza y conforta el corazón.

»La mirada de María acabó por detenerse en mí, diciéndome en lenguaje, aunque mudo, expresivo: «Cuento con V.»

»Confieso que me llenó de orgullo semejante preferencia, que por lo demás parecía no inspirar á Fernando la más leve sombra de celos; y es que algo más tenía que hacer éste que mostrarse celoso, mareado como estaba.

»Al ver inmóvil al barón, comprendí que así su quietismo como su palidez no reconocían por causa el miedo, sino esa terrible indisposición llamada mareo, que iba apoderándose de él paulatinamente y cuyos síntomas he visto desarrollar tantas veces á mi alrededor.

»—¿Está V. padeciendo? le pregunté.

»Fernando me respondió afirmativamente

con la cabeza; y es que en situación semejante todo da fatiga, y el tener que pronunciar un sólo monosílabo exige fuerzas superiores.

»—Por malo que se presente el tiempo, le dije, más bien estará V. en cubierta que no aquí.

»—Efectivamente, el tufo de esta lámpara me da náuseas, contestó.

»Parece increíble lo que, en semejantes circunstancias, se sutaliza el sentido del olfato; no parece sino que tanto cuanto los demás se debilitan él cobre en fuerza. El tufo de la lámpara, insoportable para el barón, yo ni siquiera lo sentía.

»Fernando había reunido todas sus fuerzas para pronunciar las palabras que acababa de proferir. Luego me asió del brazo, y yo me puse en pie y le levanté conmigo, no sin que por dos ó tres veces y á impulsos del fuerte balanceo de la barca peligrásemos caernos los dos antes de llegar á la puerta. Por fin me cogí á la cortina, que solté para agarrarme á una jarcia, al alcance de la cual llegamos á fuerza de dar traspies.

»El capitán, al vernos salir tan poco seguros, comprendió que ocurría algo extraordinario, y vino á nuestro encuentro; mas apenas se nos hubo acercado, Fernando le asió fuertemente del cuello.

»Quien se ahoga dicen que se agarraría de un hierro ardiendo, pero el que se marea no sé de qué se agarraría.

»—¡Ah! capitán, dijo Fernando soltándome para aferrarse al patrón del speronare, por favor condúzcame V. al extremo opuesto del buque.

»Era evidente que no sólo en la situación en que se encontraba, sino también en la más grave que preveía, iba á no creerse nunca bastante alejado de su prometida.

»Sus deseos se vieron cumplidos. Con pie tan firme como era posible en medio de aquella tormenta, el capitán condujo á Fernando, á quien vi desaparecer entre las tinieblas, ayudándose, no sólo del hombro de su acompañante, sí que también de cuanto encontraba al paso, hombres, aparejos y jarcias.

»Por lo que me era dable juzgar según mi larga experiencia, el barón necesitaba, á lo menos, de dos á tres horas para dar remate á los asuntos que tenía que ventilar en la proa del speronare.

»Como la borrasca arreciaba por momentos y María podía tener necesidad de mis auxilios, no me era dable dejarla sola, con tanta más razón cuando únicamente la peste es contagiosa.

»Al entrar yo en la cámara, María, si bien muy lejos de estar tranquilizada, no experimentaba sintoma alguno de indisposición, debido quizás á que aquel era el quinto ó sexto viaje que hacía por mar y estaba, hasta cierto punto, acostumbrada al vaivén de la nave.

»—¡Ah! me dijo al verme, y con alegría que no intentó disimular, temía que no iba usted á volver.

»—¿Ha oído V. el grito de: «hombre al agua?»

»—No, y eso que he reconcentrado toda la atención en mis oídos.

»—Pues entonces estaba V. segura de verme otra vez.

»—Podría V. haberse sentido indispuerto como Fernando.

»—Y V., la mujer fuerte del Evangelio, se disponía á reirse de los dos, ¿no es eso?

»—No; ¿sabe V. lo que me decía entre mí al mirarles hace poco uno al lado del otro?

»—Ya escucho.

»—Pues me decía que si corriésemos peligro, más confianza tendría en V. que no en él.

»Al oir tales palabras la tendí la mano, que ella estrechó entre las suyas.

»Aquella opresión de mano coincidió exac-

tamente con el estallido de formidable trueno; y sin duda mi amiga consideró que era yo demasiado buen conductor, pues me apartó suavemente de sí, diciéndome:

»—Tiéndase V. allí, en aquel colchón frontero del mío; con semejante vaivén no puede V. tenerse en pie.

»En efecto, las olas, que cogían de través al speronare, imprimían á éste una oscilación tan violenta, que dos ó tres veces estuve si me caigo no me caigo.

»Como el consejo de María era, en realidad, prudente, pues cuanto más apartado me encontrase de ella menos riesgo corría de faltar á las santas leyes de la amistad, logré, no muy torpemente, arrojarme sobre mi colchón.

»De esta suerte nos encontramos el uno frente al otro, separados tan sólo por el espacio de un metro.

»María, incorporada sobre su codo derecho, y yo sobre mi codo izquierdo, nos mirábamos sonriendo.

»La lámpara, falta ya de aceite, amagaba apagarse por momentos, y la tempestad arreciaba de un modo espantoso.

»Oíamos el andar apresurado de los marineros, el crujir del palo y del aparejo y las órdenes enérgicas del Nunzio.

»De tiempo en tiempo, María preguntaba con su voz argentina y sonora:

»—*¿Non c'è pericolo, capitano?*

»—*No, no, no; siete quieta, signora*, respondía aquél mientras se dirigía de un lado á otro, y una racha más violenta y un golpe de mar más tremendo desmentían sus palabras y arrancaban un grito de pavor á María.

»—¡Ay Dios mío! vamos á quedarnos á oscuras, dijo la artista al ver que la lámpara empezaba á chisporrotear.

»—Descorreremos las cortinas, la dije, y la luz de los rayos sustituirá la del farol.

»—No, repuso María, prefiero la oscuridad á luz semejante.

»El balanceo del buque, el incesante rugir del trueno, los gritos de; *¡Burrascal ¡sirocco! ¡mistrale!* que resonaban, encadenados los unos á los otros como nuncio del peligro á que debían combatir y como una llamada al valor de los marineros, iban creciendo y por modo más inquietador por momentos.

»—*¿Non c'è pericolo, capitano?* repetía casi maquinalmente María.

»De improviso redoblaron los gritos de *¡Burrascal ¡burrascal!* Fulguró un rayo, que no pareció sino que se había caído en el speronare, y una ola monstruosa levantó la embarcación por uno de sus costados.

»María perdió el poco equilibrio que con gran fatiga conservaba tendida en su colchón, y deslizándose por la pendiente que proyectó el piso, inclinado como un tejado, se halló en mis brazos.

»La lámpara se apagó.

»—*Questa volta, c'è pericolo*, la dije riendo.

»En realidad el peligro era inminente, sólo que había cambiado de naturaleza.

»—¡Ah! me dijo María dando un suspiro, luego que el riesgo hubo pasado; ¿quién podrá sospechar que en un momento como este no ha experimentado usted emoción alguna?

»La borrasca duró toda la noche. ¡Oh venturosa borrasca! ¡Poco podía creer que entre aquellos á quienes amenazara de muerte había un hombre que conservará de ella eterno recuerdo!

»Por la mañana empezó á encalmarse el mar. Yo había sustituido á Fernando en la proa del buque, y contemplaba sonriendo y respirando con la fuerza del hombre joven, robusto y dichoso, las montañas y los valles que formaban las olas y parecían querer engullirnos.

»En esto sentí que un brazo se deslizaba por debajo del mío y se apoyaba en él, á

cuyo contacto volví la cabeza y vi el apacible rostro de María, impregnado de languidez.

»—*Il pericolo è sparito*, la dije sonriendo.

»—¡Silencio! me respondió; hablemos formalmente.

»—¡Cómo se entiende formalmente!

»—Pero mucho.

»—¿Y Fernando?

»—La noche que ha pasado le ha dejado sin fuerzas y está durmiendo hecho una sopa.

»—Ahí lo que proporciona el marearse.

»—No se chancee V.; me apesadumbra.

»—¿De veras?

»—De veras; ¡pobre muchacho!

»—Verdaderamente es digno de lástima.

»—No sabe V. cuánto me ama.

»—¿Y quién le dirá nunca lo que ha pasado?

»—Yo.

»—¡Usted!

»—Yo, sí; ¿usted cree que voy á casarme con Fernando después de lo ocurrido entre usted y yo?

»—¡Demontre! ¿Tan grave es?

»—Tan grave.

»—No pasa de ser un caso fortuito.

»—Ahí está el mal.

»—Si no se explica V...

»—Es que no es precisamente un caso fortuito.

»—¡Bah!

»—Mire V., en el instante en que le he visto á V. de nuevo...

»—¿Qué?

»—He sentido acá en mi corazón que tarde ó temprano le pertenecería á V.

»—¿Dice V. en realidad lo que siente?

»—Es la pura verdad. Desde entonces no era sino asunto de tiempo y de circunstancias.

»—De modo que esta noche...

»—Cuando V. me ha tendido la mano...

»—Ha adivinado V. que había llegado el tiempo y que las circunstancias eran urgentes.

»—Si continúa V. chanceándose, no sólo no le digo lo demás, sino que no vuelvo á hablarle á V. en mi vida.

»—Libreme Dios de exponerme á semejante castigo. Ea, ya he dejado de reirme, y la miro á V.

»No sé qué expresión debieron reflejar mis ojos, pero indudablemente era traducción fiel de mi pensamiento, ya que María me preguntó:

»—¿Conque me ama V. un poco?

»—La adoro á V.

»—Repítamelo V. para consolarme.

»—Y V. acabe lo que había empezado á

decirme. Ya ve V. que he dejado las chanzas á un lado.

»—Pues bien, lo que tenía que decir á V. es que esta noche no me he asido de mi colchón con la fuerza que debía, y que lo que me ha ocurrido no ha sido tan hijo del vaivén del buque como V. pudiera suponer.

»—¡Ah! la dije, verdaderamente es V. la adorable criatura que yo había presentado desde que la vi en París.

»—Sí, repuso María con gravedad; pero, adorable ó no, esta criatura es una mujer honrada. Fernando y yo habíamos convenido en que echaríamos un velo sobre lo pasado; mas la borrasca de esta noche pertenece á lo presente; he faltado, pues, á mi palabra, y de consiguiente el matrimonio ese no puede ya efectuarse.

»—Confiese V. que no siente haber hallado un pretexto.

»—¿Sentiría V. acaso pasar un mes conmigo en la tierra más hermosa del mundo?

»—No, porque ese mes sería quizás el más dichoso de mi vida.

»—Pues eso es lo que va V. á hacer al llegar á Palermo.

»—Entienda V. que no vamos á Palermo, sino á Mesina.

»—Y eso, ¿por qué?

»—Porque el viento nos impele hacia Mesina y no hacia Palermo, y el capitán acaba de decirme que si tomábamos el rumbo de la primera llegaríamos á ella mañana por la tarde, en tanto que si nos obstinamos en desembarcar en Palermo lo conseguiríamos Dios sabe cuándo.

»—Adelante, pues; vayamos á Mesina, poco me importa; haré por tierra el resto del viaje. Escuche V. lo que va á hacer en desembarcando.

»—Diga V.; obedeceré puntualmente.

»—Se separará V. de nosotros para proseguir su viaje, y una vez V. haya partido se lo diré todo á Fernando.

»Yo hice un movimiento involuntario.

»—Nada tema V., me dijo María, seré tan franca con él como lo he sido con V. En el primer vapor regresará á Nápoles.

»—Se dejará V. ablandar...

»—Cuando me siento culpada soy inflexible.

»—¿Y qué va á ser de mí?

»—Si no siente V. comezón de verme, dará V. la vuelta á Sicilia; si le aguija el deseo de encontrarse á mi lado, alquile V. caballos ó mulas en Girgenti ó en Selinonte, y atravesando la isla venga á reunirse conmigo en Palermo.

»—Alquilaré caballos ó mulas y volaré á reunirme con V.

»—¿De veras?

»—Puede V. contar con ello.

»—Cuento, me contestó María tendiéndome la mano; hasta entonces ni una palabra, ¿convenido? ni una palabra que pueda levantar la menor sospecha de lo que ha pasado. Es menester que Fernando no adivine, sino que yo confiese.

»La lógica de María era tan sumamente delicada, que nada había que objetar.

»Prometí, pues, conformarme estrictamente á las instrucciones de mi amiga, con quien dimos por aceptado el pacto, cuando vimos venir á Fernando, que no parecía sino que llegase del otro mundo.

»Como María nunca había estado espontánea con él, no hubo para qué cambiase de modales.

»Dejélos solos, pues en verdad me hallaba muy embarazado delante de mi pobre amigo, aunque la culpa de todo la tuviese, no yo, sino la borrasca; la cual, como si no hubiese salido de la gruta de Eolo con otro objeto que el de preparar y provocar el incidente que acabo de contar á ustedes, se calmó como por encanto. A la furia de los vientos que soplaban de los cuatro puntos cardinales,

había sucedido una suave brisa noroeste que allanaba el mar y despejaba el cielo. Las costas de Calabria aparecían como una faja azul, y sobre las cuatro de la tarde costeábamos lo bastante próximos á la tierra para que el capitán pudiese irnos citando los nombres de los grupos de puntitos blancos que empezaban á distinguirse en la orilla.

»Por la noche, cuando el hijo del capitán rezó el *Ave-Maria*, el mar estaba como un espejo y en el firmamento no se veía ni una nube.

»Excuso decir que aquella noche Fernando y yo nos vimos desterrados de la cámara y que dormimos sobre cubierta.

»Nada tan poético como las tempestades de verano en las costas de Nápoles y de Sicilia. No parecen sino contiendas entre dos amantes; la naturaleza grita, la tempestad llora; luego hacen las paces, renace la calma, en el azulado cielo reaparece la sonrisa del sol, se secan las lágrimas y vuelven los días esplendorosos.

»Navegamos durante todo el día, singlando de siete á ocho nudos por hora; de modo que á las cuatro de la tarde, poco más ó menos, empezamos á vislumbrar el cabo Palmieri, el cual, desde la altura en que nos encontrábamos y atendida la dirección que

llevábamos, parecía cerrarnos por completo el paso; no divisábamos para nada el estrecho de Mesina y parecía que navegábamos en línea recta sobre la costa.

»A nuestra derecha blanqueaba la aldea de Scila, semejante á una cascada de casas que desde la cumbre de la colina se precipitara al mar.

»A medida que nos íbamos acercando, veíamos al mar hundirse como la punta de una lanza entre las costas de Sicilia y las de Calabria, hasta que por último apareció á nuestros ojos el estrecho.

»Pasamos por Caribdis, y fuimos á dar fondo en el antiguo puerto de Zancle, que debía su nombre á su configuración, que es la de una hoz.

»Para desembarcar era demasiado tarde.

»Los marineros, admirados de haber llegado á puerto y saldado cuentas con la tempestad, pasaron toda la velada cantando y bailando, durante cuyos cantos y danzas María halló ocasión de estrecharme la mano y decirme en voz baja:

»—Quedamos de acuerdo; mañana se pone usted en camino. Fernando parte en el primer vapor; nos veremos de nuevo en Palermo.

»—Convenido, contesté estrechando á mi vez la mano á María.

»La noche se deslizó maravillosa, estrellada, transparente. La brisa, suave como una caricia, estaba saturada de aromas y parecía querer llenar de besos la tierra entera.

»Dormí poco; pero lo que hacía el hechizo de mi insomnio era que, si bien alejado de ella, conocía que mi amiga estaba cual yo desvelada.

»Una vez ésta salió de la cámara, avanzó ligera como un espectro, y pasó lo bastante cerca de mi colchón para que me fuese dable coger el orillo de su peinador y besarlo.

»Fernando dormía á pierna tendida y se rescabalaba de las fatigas que le ocasionara la borrasca.

»Por dos ó tres veces durante el día y aludiendo al cura con quien nos habíamos encontrado en el instante de embarcarnos, éste había dicho:

»—¡El diablo del cura! No soy supersticioso, pero hay que confesar que el capitán estaba en lo firme.

»¿Qué iba á decir, pues, cuando supiera que había hecho un viaje inútil?

»Llegó el día; primeramente despertó el puerto, luego la ciudad; los botes desatracaron de la orilla y vinieron á visitar los buques llegados durante la noche. El capitán hizo una señal, visitónos la Sanidad, se hi-

cieron las verificaciones de cajón y nos dieron entrada.

»Había llegado el instante de la despedida. Estreché con cierto sentimiento no exento de vergüenza la mano de Fernando, y besé á María, la cual, admitiendo y devolviéndome el beso, me dijo en voz apenas perceptible:

»—En Palermo.

»Luego ésta bajó la primera al bote, y tras ella lo efectuó Fernando. El bote desatracó del costado del speronare y bogó hacia Mesina.

»María se había sentado de modo que no me perdiese de vista un instante, y me miraba y se sonreía como diciéndome: «Estoy tranquila, soy dichosa, cuento contigo».

»La mujer más apacible, la más inclinada á la conmiseración es cruel cuando no ama. María se decía en su corazón que estaba obrando rectamente y conforme á su conciencia al revelárselo todo á Fernando; pero no la inquietaba lo más mínimo el efecto que semejante revelación iba á producir en el hombre que la amaba y al cual ella no correspondía; había cumplido lo que ella creía un deber y se daba por satisfecha.

»Llegado que hubo al muelle, mi amiga me dirigió una postrer señal de despedida con su pañuelo, á la que correspondí agi-

tando mi sombrero; luego saltó en tierra, rechazó el brazo que la ofrecía Fernando, no sé por qué pretexto, siguió al lado de éste un centenar de pasos, volvió el rostro por última vez, y semejante á una sombra desapareció al revolver de una esquina.

»El capitán, que había acompañado á mi amiga y á Fernando, regresó á bordo con los papeles despachados.

»Nada me retenía en Mesina, una de las ciudades más fastidiosas del mundo, y á la cual, por otra parte, conocía.

»Hicimos, pues, provisión de carne, pescado y legumbres frescas, y aprovechándonos de lo propicio del viento, nos dimos de nuevo á la vela el mismo día.

»Ocho después me encontraba en Girgenti, la antigua Agrigento, donde dejé mi buque después de ordenar al capitán que diese la vuelta por Marsala y fuese á reunírseme en Palermo. Alquilé caballos, entré en tratos con un jefe de bandoleros para que no me detuviesen en el camino, después de tres días de viaje al través de la isla, llegué á Palermo y pregunté por la fonda de las Cuatro Naciones, en la que debía hospedarse María.

»Según me informaron, ésta había llegado sola, su aparición en la escena le valía una no interrumpida serie de triunfos, y efectiva-

mente se hospedaba en la fonda de las Cuatro Naciones, de la cual, á mi llegada á ella, acababa de salir para el ensayo.

»Tomé un cuarto del mismo piso que María, no lejos ni cerca del de ésta, y luego me fuí aprisa y corriendo á tomar un baño para encontrarme en la fonda cuando ella llegase.

»En efecto, me encontraba ya en las Cuatro Naciones, apoyado en la baranda de la escalera, cuando al pie de ésta la dijeron que un *caballero* había preguntado por ella y la estaba aguardando.

»—¡Es él! exclamó María, echando precipitadamente escalera arriba; y preocupándose poco con si los criados la seguían ó los demás huéspedes la veían ú oían, entró en mi cuarto, diciendo en alta voz:

»—¡Soy libre! ¡soy libre! ¡Oh! ¿comprendes cuánta ventura se encierra en esta palabra: ¡libre, libre, libre!

»Efectivamente, jamás pájaro en el espacio, yegua en la llanura y corzo en la selva me habían dado idea semejante de la grandeza, casi diré de la majestad de la palabra ¡LIBRE!

»María, que me prometiera un mes de felicidad en la tierra más hermosa del mundo, me concedió quince días más. Desde entonces y después de veinte años, digo: ¡Gracias, Ma-

ría! nunca deudor alguno ha pagado como tú capital é intereses.

»Cuanto á Palermo, ¿qué decir sino que es el paraíso de la tierra y que merece que la bendigan todos los poetas?

»Al cabo de seis semanas forzoso nos fué separarnos, después de quince días de lucha desesperada, durante cada uno de los cuales debiera yo haber partido y en cada uno de los cuales mi resolución se desvanecía en medio de las lágrimas, aplazando para el siguiente la salida.

»Por fin llegó el momento tantas veces diferido. María me acompañó á bordo y no se separó de mí hasta el instante de levar anclas.

»¡Ah! en la ópera que había de cantar aquella noche, debió de estar sublime.

»El viento soplaba propicio, y como no me faltaba sino visitar las islas del archipiélago que no había recorrido durante mi último viaje, tomamos el rumbo de Alicuri.

»Por espacio de quince ó veinte millas el viento continuó soplando con bastante intensidad para hacernos andar cinco ó seis leguas por hora, luego amainó un poco, y por fin entró la calma.

»Entonces sentí no haber aplazado un día más mi viaje, toda vez que de nada me servía el que me hubiese puesto en camino.

»Gocé á bordo una de esas noches maravillosas en que uno disfruta con todos los sentidos de todos los hechizos de la naturaleza: cielo azul oscuro sembrado de millares de rutilantes estrellas, mar transparente, aromas de la playa, efluvios de las olas, estremecimientos de la invisible forma de lo real; todo parecía haberse aunado para borrar de mi mente lo que acababa de perder, ó para darme á comprender que lo que de perder acababa era lo único que me hacía falta para trocarme en uno de los privilegiados de la creación.

»Pensando en María, no me dormí hasta el alba, mientras mis labios murmuraban:

»—¡Piensa en mí!

»A cosa de las siete de la mañana el capitán me despertó diciéndome que del puerto acababa de salir una barca que se dirigía hacia la nuestra haciendo señales.

»Al oír esto me precipité fuera de la cámara con la idea de que aquella barca me traía carta de la mujer amada.

»¡Ah! de mucho mejor que eso era portadora: á su bordo estaba María.

»Al quebrar el alba ésta se había informado y sabido que reinaba la más completa calma y que el speronare se encontraba todavía á la vista; entonces se había encaaminado

apresuradamente al puerto, alquilado un bote y salido en demanda de mi embarcación para decirme nuevamente adiós.

»No sé si durante el curso de mi vida he experimentado una alegría tan intensa como cuando sentí á María palpitante sobre mi corazón. La pobre reía, lloraba, daba gritos de dicha. ¡Oh naturaleza! ¡qué hermosa eres en tus florecencias, ya en la mujer que ama, ora en la flor que abre su cáliz!

»Los marineros, que no habían olvidado el día de canto y baile que María les diera, batían palmas.

»—Sí, les dijo ésta agradecida, nada temáis; voy á cantar y vosotros á bailar.

»Luego, volviéndose hacia mí con la pasión tierna y furiosa á la vez de la gacela y de la leona, añadió:

»—Y nosotros vamos á amarnos, ¿no es verdad?

»Para que la fiesta fuese universal, María había atestado de fiambres y de vino su barca, vino y fiambres que fueron repartidos entre las tripulaciones de aquélla y la del speronare, que empezaron un festín.

»El nuestro consistía en miradas impregnadas de amor y lágrimas, palabras entrecortadas por besos, suspiros alegres y sonrisas tristes,

»Pasamos el día cantando y bailando, y cuando llegó la noche los dos marineros que tripulaban el bote amarraron éste á remolque del speronare y se subieron á reunirse con los nuestros.

»Continuaba la calma.

»¡Hermosa, suave, veloz noche aquella, cuya fecha ha quedado grabada para siempre más y con caracteres de fuego en lo más íntimo de mi corazón!

»Amaneció, y con el día ¡ay! se levantó la brisa.

»Forzoso nos fué despedirnos; María, que debía salir á las tablas aquella noche, quiso arrostrarlo todo para permanecer una hora más á mi lado; pero era imposible.

»Al igual que el condenado á muerte, solicitó media hora más, quince minutos...

»No quedó otro recurso que tomarla en brazos y llevarla á su bote.

»¡Ah! ¡cuán distante de la realidad está la belleza dramática y teatral!

»Yo había visto á María en la *Norma*, en *Otelo*, en *Don Juan*, y colmádomela de entusiasmas aplausos; pero ¡cuán de otro modo hermosa estaba en su verdadera y real desesperación! En mí, la admiración la disputaba al amor, y á medida que se iba alejando con los brazos tendidos en dirección mía, y yo de

ella con los brazos tendidos en su dirección, la decía en voz que pudiese llegar á sus oídos:

»—¡Te amo, eres hermosa! ¡Eres hermosa, te amo!

»Refrescó la brisa, y á impulsos de ella nos alejamos rápidamente.

»Por su parte los marineros del bote bogaban con fuerza, temerosos de que una racha demasiado violenta les impidiese ganar el puerto.

»María, sin parar mientes en el peligro, estaba de pie en la popa, agitando su pañuelo, y cada movimiento de aquella blanca nubecilla, que de minuto en minuto iba desvaneciéndose, venía á decirme: «¡Te amo!»

»Por fin la distancia lo borró todo; el bote desapareció.

»Yo permanecí con los ojos clavados en el puerto, de fijo hasta mucho tiempo después que en él hubo entrado María, á quien desde entonces no he vuelto á ver.

»De esto se han cumplido veinte años, y ni el más leve celaje empaña el brillo de aquel mes y medio pasado en Palermo; mes y medio durante el cual dos seres no tuvieron sino un corazón, una existencia, un solo aliento.

»¡Ay! estoy seguro de que Dios, durante

aquellos días, dirigió más de una vez la mirada sobre la capital siciliana.»

.....
Al llegar aquí me volví hacia mis dos compañeras de viaje, las cuales me miraban sonriendo y respirando apenas.

—Ahí mi historia, las dije; no me exijan ustedes otra parecida, pues como estas sólo se cuenta una en la vida.



X

El vapor salía á las diez; pero como el relato de mi historia me había absorbido hasta las siete, y á mis hermosas oyentes no les quedaba sino el tiempo estricto para levantarse, hacer su tocado y almorzar, me retiré discretamente á mi cuarto.

Parece increíble los hechizos para mí desconocidos que experimenté en aquel viaje. Era la primera vez que se me ofrecía la extraña situación de la intimidad sin posesión, de la familiaridad exenta de amor.

El cariño fraternal no es parte á dar la más remota idea de semejante sentimiento, sobre que no llega á la confianza con que aquellas mujeres alemanas me trataron.

Hay que añadir, además, que las alemanas,

á lo menos aquellas á quienes he conocido, llevan una gran ventaja sobre las nuestras, y es que siempre están preparadas á la hora de la partida, sin que su tocado se resienta de semejante diligencia.

Un cuarto de hora después de haberme separado de ellas, mis compañeras de viaje me llamaron, siendo lo particular del caso que quien no estaba todavía preparado era yo; á bien que me había pasado diez minutos vagando por los espacios de la fantasía.

Lilá y su amiga habían encargado nos trajeran el primer almuerzo. El segundo debíamos hacerlo á bordo.

No recuerdo que en parte alguna el modo de comer me haya extasiado como en Alemania; no me refiero á la cualidad, sino á la cantidad, y esto hasta el extremo de preguntarme á mí mismo, en ocasiones, si la reputación que de soñadores gozan los alemanes no era falsa; si, cuando nos creemos que ellas divagan por los campos de la fantasía, no es tan ocupadas pura y simplemente en digerir.

Resumamos. Por la mañana, á las siete, al abrir los ojos, hacen el pequeño almuerzo, esto es toman casi nada: un par de huevos, una taza de café y un pedazo de torta, como si dijéramos lo estrictamente indispensable para decir que no se quedan con el estómago

vacio al levantarse. A las once efectúan otro almuerzo, que se compone de bistecs, chuletas y patatas ú otras legumbres; diferenciándose este del otro en que lo remojan con vino, mientras generalmente el primero sólo lo acompañan con agua. A la una hacen la pequeña comida, compuesta de jamón, fiambres y algunos aperitivos; medio ingenioso de preparar el estómago para la gran comida, que la efectúan á las tres, y en la que figuran la sopa con albondiguillas, buey con rábanos, liebre en dulce, jabalí con cerezas, chuletas aderezadas con azúcar, azafrán y vainilla, y cremas de varias clases. Llegan las cinco de la tarde, y menos para comer, preciso es confesarlo, que para no perder la tradición, toman un bocado; y por fin, al salir del teatro cenan suculentemente, atendido lo poco que han comido á las cinco, y se acuestan como unos benditos.

Adviértase que en las diversas comidas de que acabamos de hacer mérito no entran el the, los dulces y las salchichas que toman de una á otra de aquéllas.

Después de mis últimos viajes á Alemania, debo decir que en las fondas del Rhin las camas habían cambiado de aspecto, cambio que tuve la fatuidad de atribuir á mis reclamaciones.

También el pan había mejorado, y la torta de arroz y el *pumpernickel* puede decirse que habían sido sustituidos con otra especie de torta de costra abrigada con clara de huevo, á la que apellidan *pan de Viena*, lo que demostraba ya algún progreso.

En nuestro almuerzo sirviéronnos pues huevos, café con leche,—entiéndase achicoria con idem,—manteca exquisita, y manteles y servilletas de limpieza que más adelante y en mi viaje por Rusia me aparecía tan á menudo en sueños y tan rara vez en la realidad.

Desde la fonda en que nos alojábamos oímos la campana del vapor—anclado no quinientos pasos de nosotros, en la margen izquierda del Rhin—dar la primera señal en el instante en que acabábamos de almorzar.

Todavía podíamos disponer de media hora; pero mis compañeras de viaje quisieron partir para coger *buen sitio*.

¿Cómo se explica que las alemanas, que tan amantes son de estar sentadas cómodamente, se han sujetado á dormir tan mal por espacio de siglos y más siglos?

Con todo es preciso decir que, á pesar del modo inusitado cómo treinta millones de alemanes y alemanas duermen, Alemania es la nación más pacífica del mundo.

Mientras nos encaminábamos á bordo, presenciábamos un ejemplo viviente de la multiplicación recomendada por el Evangelio: seguíamos nosotros una alameda que orilla el Rhin, y en ella no tardamos en reunirnos á una mujer de veinticuatro años, que daba la mano á una alta niña de seis ó siete; un niño de cinco ó seis, de carrillos redondos como manzanas, jugaba detrás de ella con un globo, y al niño seguían dos hermanitas de cuatro á cinco, que iban cogidas de la mano y precedían á una robusta nodriza, campesina de la Selva Negra, que llevaba en brazos un niño de dos años y tiraba de un cochecito en el cual se estaba chupando el pulgar un rorro de ocho ó diez meses, al lado del cual se veía tendida una muñeca que parecía pertenecer en comunidad á la familia; la cual, en conjunto y á pesar de estar compuesta de ocho individuos, podía representar un total de cuarenta y seis á cuarenta y ocho años.

Una vez á bordo, mis amigas escogieron sus sitios, lo que no les fué difícil, y media hora después el buque emprendía la marcha.

Un pequeño castillo perteneciente al rey de Prusia me trae á la memoria un singular recuerdo.

Corría el año 1838 y yo hacía mi primer viaje por el Rhin.

Habiéndome advertido que el mencionado castillo era propiedad del príncipe real del reino aquél—el rey de Prusia actual en aquella época no era sino príncipe—y que lo había convertido en museo de pinturas, armas y muebles del siglo xvi, me detuve delante de él, hice que me desembarcasen y solicité verle. La respuesta que recibí fué que hacía tres días había llegado el intendente del príncipe real con orden de cerrar interinamente la puerta á los curiosos, si bien se rogaba á éstos que inscribieran su nombre en un registro colocado en casa del conserje, para escoger entre los solicitantes aquellos personajes que por su calidad mereciesen ser exceptuados. Aunque mi condición me parecía por demás modesta respecto de un intendente del príncipe real, como me veía condenado á permanecer hasta el día siguiente en una pequeña y aislada hostería, inscribí, por si acaso, mi nombre y la indicación de la posada que debía servirme de vivienda por espacio de veinticuatro horas. Luego me fuí, á veinte pasos del castillo, á arrojar piedrecitas al Rhin para trazar círculos en él, á semejanza de lo que hacía Scipión en el desierto, aunque éste no se dedicaba á tales pasatiempos en el río aludido, sino en el mar Tirreno.

Había ya arrojado quince y aun diez y ocho piedrecitas, cuando vi llegar jadeante, á mi encuentro, al conserje, el cual, tomándome por algún príncipe que viajaba de incógnito, me dijo, mientras me hacía una profunda reverencia, que para mí estaba levantada la consigna, que podía recorrer el castillo con entera libertad, y que el intendente me estaba aguardando para tributarme los honores de la casa.

Yo, que no me sentía imperiosamente retenido por el pasatiempo al cual me entregara, y sobre todo no quería hacer aguardar al intendente de su alteza real, me encaminé hacia el castillo, donde hallé á aquél á la puerta de la sala de armas.

El referido intendente, de rostro colorado, cabello rubio, ojos azules, presencia simpática y porte distinguido, frisaba con los treinta y ocho, era hombre de vasta instrucción y hablaba el francés como un hijo de Turana. Al verme me recibió con grande agasajo, excusándose de que el conserje, esclavo de la consigna é iletrado como verdadero suizo, no hubiese comprendido que semejante orden no rezaba conmigo. Yo, por mi parte, me deshice en muestras de agradecimiento, y nos estrechamos las manos cual pudieran haberlo hecho dos antiguos amigos; y es que

los alemanes me habían acostumbrado á estos modales cordiales y francos en el tiempo que hacía viajaba por Alemania.

Por lo demás, mi franqueza pareció haber puesto á sus anchas al intendente, el cual me dijo que iba á convertirse en cicerone mío y á hacerme los honores del castillo.

Los modales de mi acompañante no podían halagarme más de lo que me halagaban, si bien me parecían sobrado distinguidos para un intendente.

Recorrimos el castillo aposento por aposento; lo examinamos por menudo; pasamos de una á otra torre por el puente colgante que se divisa desde el vapor y parece una inmensa telaraña, y luego nos detuvimos en la biblioteca, que encierra las más preciosas ediciones que de Goethe, Schiller y Shakespeare se conocen.

Entretanto había llegado la hora de la pequeña comida, y vinieron á anunciar al intendente que ésta estaba dispuesta.

—No sé, me dijo éste, si usted está ya acostumbrado á nuestras horas de comer; pero he creído que me honraría almorzando conmigo y he mandado colocar un cubierto para V.

Como no hay medio de rehusar un ofrecimiento hecho con tanta galantería, acepté.

—¿Sabe V. lo que he imaginado? me dijo mi anfitrión mientras bajábamos al comedor? Pues he imaginado que habiendo ya sufrido V. bastante viéndose obligado á apachugar con nuestra cocina, desde que viaja por Alemania, lo mejor y para que no conservase V. un recuerdo demasiado triste de este pobre castillo, era encargar un almuerzo á la francesa, y así lo he hecho.

Confieso que esta delicada atención no fué la que agradecí menos. La idea de que iba á comer pan verdadero en lugar de torta ó pumpernickel, me regocijaba el alma. Así es que lancé un grito de alegría cuando vi sobre la mesa un pan de esos á que los tahoneros apellidan corona; no por la configuración, que eso lo saben perfectamente cuantos me conocen, sino por substancia.

El almuerzo fué exquisito y á buen seguro preparado por un mi compatriota, como de ello pude convencerme después de preguntárselo al intendente.

—La cocina francesa, me dijo éste, es la que prefiere su alteza, quien aunque no ocupa el castillo sino durante algunas temporadas estivales, conserva en él á su cocinero durante todo el año.

Concluído el almuerzo, el intendente me declaró que pues había yo entrado en la ra-

tonera, no me cabía el derecho de salir de ella sin su consentimiento, y que por lo tanto me daba á elegir entre hacer una partida de chaquete, jugar al billar, ó dar un paseo á caballo.

Respecto del chaquete, nunca he sabido de qué me las había, y desde el día en que, como puede verse en mis *Memorias*, gané á mi amigo Cartior los ochocientos vasos chicos y las ochocientas medias tazas con el importe de los cuales hice á París el viaje que decidió de mi destino, creo no he empuñado tres veces un taco; así pues dí la preferencia á un paseo á caballo.

A una señal del intendente, condujeron al pie de la escalinata del castillo dos caballos ensillados, y una vez uno y otro hubimos montado, nos encaminamos por en medio de un valle pintoresco, hacia las ruinas del castillo viejo, mientras llegábamos á las cuales contóme aquél la historia del que acabábamos de abandonar.

Era el mencionado castillo propiedad de la ciudad de Coblenza, la cual lo puso de venta, durante muchos años, por trescientos francos, si mal no recuerdo, sin que hallase aficionado alguno que se quedase con él; visto lo cual por la ciudad, lo regaló al príncipe real de Prusia, que agradeció el

presente gastándose en él un millón de francos.

Al cabo de tres horas de paseo por la montaña, regresamos al castillo, en que nos estaba aguardando la gran comida, que acepté, ya que á mi ver no existía razón alguna para rehusarla desde el momento que había aceptado la pequeña; lo único que hice, al notar la magnificencia con que estaba servida, fué dirigir una andanada de reproches al intendente por los gastos que imponía al príncipe real.

—Su alteza no ignoraba á qué se exponía cuando me escogió para tal cargo, me objetó el intendente.

A medida que iba adelantando la comida, mis reproches se hacían más y más fundados. Después de los vinos de Burdeos, sirviéronnos vinos del Rhin, tras éstos el Champaña, y luego del Champaña los vinos de Hungría. Verdaderamente era pecado que tanta magnificencia se enderezase á un bebedor tan sobrio como yo.

En comiendo nos encaminamos á la azotea, donde nos estaba aguardando el café.

Nada tan maravilloso como el horizonte que desde dicha azotea se descubre: montañas, valles, ríos, ruinas, aldeas, todo se reúne para formar un espectáculo único. En parte

alguna, quizás, el Rhin está más animado que en aquel sitio; río y grandes carreteras están cubiertos: aquél de barcas de pesca, buques de vapor y grandes balsas labradas de troncos en las cuales descenden poblaciones enteras; las carreteras, de jinetes, viandantes, cocheros, carretas, cupés y calesas; y es que Coblenza, una de las ciudades más ruidosas y animadas de las orillas del Rhin, se halla no cinco millas del castillo.

Las dos ó tres horas que pasé en la azotea aquella, figuran entre las más pintorescas de mi vida.

Con mi anfitrión, que conocía al dedillo todas las leyendas del Rhin, desde la de Loreley hasta la del autógrafo de Janin á Metternich, y se sabía de coro todas las baladas de Uhlán, desde la *Hija de la posadera* hasta el *Trovador*, sostuve acalorada controversia respecto de Goethe y Schiller; como todos los alemanes, poco dramáticos y muy soñadores, mi contrincante daba la preferencia á Goethe; yo, por el contrario, poco soñador y dramático hasta la médula, prefería al autor de los *Salteadores* al autor del *Conde de Egmont*; más, y esto le parecía condenable á mi anfitrión: *Faust*, encarnación del numen alemán, era para mí inferior á *Götz de Berlichingen*, y aun tuve la audacia de reformar de punta á

cabo el *Faust*, tal cual yo lo comprendía. Mi anfitrión, al escucharme, estuvo si se cubre ó no se cubre el rostro, ni más ni menos que el rey de reyes en la magnífica escena de Eurípides entre Menelao y Agamenón, escena que Racine se guardó muy mucho de imitar, temeroso de que en Menelao al público se le hubiese antojado ver á Montespán.

En suma, no obstante mis contradicciones, mi anfitrión, que como he dicho, poseía no sólo vastísima instrucción, sino que en su discusión empleaba todos los primores de la lengua francesa, pareció complacerse grandemente en la conversación, que, por mi parte, me interesaba en grado sumo. Por fin, cerrada la noche y habiéndome levantado para despedirme de él, díjome el intendente que no queriendo exponerme á dormir en una de las camas que yo le describiera, había mandado por mi maleta en la fonda, advirtiéndome de paso que yo no dormiría en ella, atento á que me habían preparado un aposento en el castillo.

Al punto á que llegara yo de mi indiscreción, lo mejor era no oponerme á nada. Acepté pues el aposento, como había aceptado las comidas grande y pequeña; pero sí impuse por condición que so pretexto alguno el vapor se iría sin mí al siguiente día, á lo

que mi anfitrión se comprometió formalmente.

Había llegado la hora de la cena, que es lo mismo que decir que el the, las tortas de todas clases, las salchichas y los mazapanes nos estaban aguardando, y que no me cupo sino apechugar con los mazapanes, las salchichas, las tortas y el the.

Debo decir que desde que me encontraba en Alemania me había acostumbrado á semejantes violencias, y que no desempeñaba mal mi papel si se considera que en París sólo como dos veces al día, y á las veces una tan sólo. A bien que mi anfitrión me alentaba con su ejemplo.

Por fin el reloj sonó la media noche, y en conciencia era hora de recogernos. Levantéme pues, el intendente tocó un timbre, y apareció un camarero que me condujo á mi habitación, que no era sino la habitación de honor, la de los retratos de familia. Encontréme, de consiguiente, custodiado por un regimiento de margraves, duques y reyes, desde la fundación de la orden Teutónica hasta Federico Guillermo, y acostado en una cama de madera esculpida, en la que hubieran podido dormir cómodamente seis viajeros de mi corpulencia, y cuyas cortinas de brocado estaban sostenidas por las garras de un águila de roble.

En medio de mi aposento me quedé, pensando en mi estimado amigo Víctor Hugo, de quien traje á la mente la magistral escena de los retratos de *Hernani* para recitársela *in petto* á todos aquellos caballeros, duques, margraves y reyes que me rodeaban, y por fin me decidí á subir las tres gradas del estrado sobre el cual descansaba mi cama, á cabalgar sobre la tabla esculpida que la daba apariencias de cofre descomunal, y á arrojarme en ella.

La cama debió de haber pertenecido á Federico Barbaroja ó al emperador Enrique IV; pero sea lo que fuere, dormí en ella lo mismo que si hubiese sido la mía propia; á bien que yo no estaba excomulgado como mis dos antecesores, y sobre todo no había sido emperador, posición social que, máxime cuando se ha perdido, no deja de turbar el sueño.

Cuando, á las ocho de la mañana, abrí los ojos, estuve diez minutos para orientarme y recordar dónde me encontraba, hasta que por fin refrescóseme la memoria.

En esto oí sonar un reloj del siglo XVI, y como imaginé que un reloj que marchaba desde fecha tan remota debía forzosamente ir atrasado, salté de la cama.

Al primer ruido que oyó en mi aposento, el

ayuda de cámara destinado á mi servicio entró para ponerse á mis órdenes.

El pequeño almuerzo me estaba aguardando, y como mi anfitrión hacía ya dos horas que se había levantado, pasé literalmente de la cama á la mesa.

A las nueve y media me pareció haber llegado la hora de disponerme á partir, por lo que me levanté, cogí las manos del intendente y se las estreché con verdadera efusión, á cuya muestra de civilidad correspondió éste en la misma moneda. Luego le pedí permiso para subir á la azotea á fin de contemplar por última vez el paisaje y ver llegar el vapor, que estuvo tan regiamente galante, que á la hora exacta apareció en aguas del castillo y á las diez y diez se detuvo al pie de éste, obedeciendo á una señal que desde la azotea le dirigieron.

El intendente quiso acompañarme hasta el embarcadero, una vez en el cual me volví y le dije, tendiéndole ambas manos:

—Mi querido anfitrión, en pago de los agasajos de que me ha colmado V., sólo puedo ofrecerle una cosa, corresponder del mejor modo que pueda á la hospitalidad que me ha reservado á orillas del Rhin, si alguna vez va usted á París.

—Lo mismo le digo, me contestó el inten-

dente, eludiendo la respuesta; si alguna vez visita V. á Berlín, reclamo la satisfacción de hacerle los honores de ella.

—Cuanto á esto prometo complacerle; pero ¿dónde le hallaré á V.?

—En el palacio real, naturalmente.

—¿Por quién debo preguntar?

—¡Ah! ¡ah! ¿por quién debe V. preguntar?

—Sí.

—Pues pregunte V. por el príncipe real.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
C. No. 1525 MONTERREY, MEXICO